

# «Que todos sean uno»

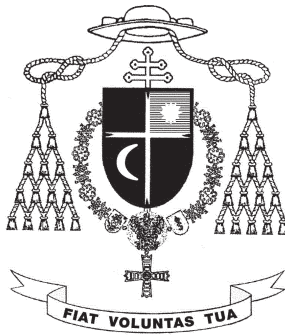
-Carta Pastoral-

Toledo, 8 de septiembre de 2008



✠ ANTONIO CAÑIZARES LLOVERA  
Cardenal Arzobispo de Toledo  
Primado de España





# «QUE TODOS SEAN UNO»

CARTA PASTORAL AL COMENZAR EL  
CURSO PASTORAL 2008-2009

✠ ANTONIO, Cardenal CAÑIZARES LLOVERA  
Arzobispo de Toledo  
Primado de España



## I. INTRODUCCIÓN

1. Queridísimos hermanos y hermanas de la diócesis de Toledo: «Que todos sean uno para que el mundo crea»: esta era, en aquella última noche, la plegaria del Señor, Jesús, instituida ya la Eucaristía, acabada la Cena, y cuando comenzaba la «hora de la verdad», la hora en que iba a ser entregado, a consumarse su pasión, y a cumplir todo el querer de Dios, el Padre. Esta es también nuestra súplica, y nuestra enseña, al comenzar este nuevo curso pastoral, que nos acompañará a lo largo de todo él intensificando así entre nosotros el mismo deseo, ansia, del Señor y poniendo, con su auxilio y gracia, cuanto esté a nuestro alcance, y en nuestras manos, para que se cumpla hoy. Es urgente y decisivo que el mundo crea en Jesucristo; es urgente y decisivo, pues, para la humanidad que seamos uno, que se viva y fortalezca la comunión en nuestra diócesis, porción del pueblo de Dios en la que está la Iglesia: comunión con Dios, comunión con la Iglesia, -signo e instrumento eficaz, sacramento, de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano- comunión con los hombres.

2. Al reemprender la marcha de la vida ordinaria y el curso normal de las actividades pastorales, en los momentos que vivimos -nada fáciles, por cierto- recordad aquellas palabras de la Carta a los Hebreos: «corramos en la carrera que nos toca, sin retirarnos, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe: Jesús, que, renunciando al gozo inmediato, soportó la cruz, sin miedo a la ignominia (...), y no os canséis ni perdáis el ánimo» (12, 1-3). En todas las cosas y en todo momento, en obras y palabras, a tiempo y a destiempo, con toda la vida, proclamad que Jesús es «el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16), «el que tiene palabras de vida eterna» (cf Jn 6,68), y no os canséis de dar razón de vuestra esperanza.

## II. CAMINAMOS EN ESPERANZA: ES LA HORA DE LA ESPERANZA

*Vivimos una hora de la esperanza que no defrauda*

3. Vivimos la hora de Dios, el tiempo de la esperanza que no defrauda, «una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente:

el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino» (Benedicto XVI, *Spe salvi*, n.19. La meta es la vida eterna, vida con Dios; la meta es Cristo, Camino y Vida, la comunión con Él, el Amor inabarcable que lo llena y colma todo. Nuestra esperanza, la gran esperanza, la que sustenta la certeza de la fe en Cristo, brota de Dios y tiene como meta a Dios. Las esperanzas humanas, pequeñas o mayores, que nos sostienen en el camino, no bastan sin la gran esperanza. «Esta gran esperanza sólo puede ser Dios, que abraza el universo, y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar. De hecho, el ser agraciados por un don forma parte de la esperanza. Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto. Su reino no es un más allá imaginario, situado en un futuro que nunca llega; su reino está presente allí donde Él es amado y donde su amor nos alcanza. Sólo su amor nos da la posibilidad de perseverar día a día con toda sobriedad, sin perder el impulso de la esperanza, en un mundo que por naturaleza es imperfecto. Y, al mismo tiempo, su amor es para nosotros la garantía de que existe aquello que sólo llegamos a intuir vagamente y que, sin embargo, esperamos en lo más íntimo de nuestro ser: la vida que es ‘realmente’ vida» (*Spe salvi*, n. 31).

#### *Son tiempos «recios», que llaman a la esperanza*

4. Corren «tiempos recios» para la fe y para el hombre. Acontecimientos y situaciones, conocidos de todos y en la mente de todos, sin embargo, nos ofrecen un panorama oscuro que no parece hablarnos precisamente de esperanza. Padecemos a menudo, en efecto, un oscurecimiento de la esperanza, un cierto miedo en afrontar el futuro.

Signos de este panorama son: el vacío de un pensamiento nihilista, el relativismo que se ha apoderado de tantos y tantos en nuestra sociedad, una difusa fragmentación de la existencia; al mismo tiempo, una fuerte secularización de la sociedad con, incluso, repercusiones internas en la misma comunidad eclesial, y el avance, propiciado claramente por algunos poderes, de un laicismo cultural y social en el que Dios ni cuenta ni puede contar en la vida social y pública; e, inseparable de esto, una cierta generalización de la cultura de la increencia que aparece con especial fuerza en amplias capas de la población más joven; todo ello va acompañado de una quiebra y gran desconcierto moral que define el ambiente cultural y social que se respira, con la paganización y modelos

de vida en contraste con el Evangelio que se difunden tan extensa como irresponsablemente hoy.

Es público, por lo demás, y hay que saberlo y ser consciente de ello, que existe un proyecto de alcance en valores culturales y, por tanto, ideológicos con los que se quiere definir por mucho tiempo la identidad social e histórica de nuestra sociedad para que sea «moderna». Se trata de un proyecto que no es nuevo, pero que se está radicalizando y acelerando entre nosotros, y que responde a una concepción ideológica basada en una ruptura antropológica radical, es decir, en una nueva visión del hombre, radicalmente distinta de la que hemos recibido como herencia y patrimonio común. Este proyecto, como es sabido, se asienta en tres pilares básicos e interrelacionados: relativismo moral, laicismo e ideología de género, con todo lo que estos pilares llevan consigo. Se trata de un proyecto universal, pero utiliza nuestra sociedad como un escenario clave, con la clara pretensión de una proyección sobre otros lugares. Encuentra sus principales obstáculos en la Iglesia católica como referente y en la familia como transmisora de un poso de valores.

Podemos añadir a estos signos la difusión de una cultura de la muerte en la que la vida del hombre, de todo ser humano, sea cual sea su situación o la fase de su desarrollo, cuenta más bien poco, como demuestra la extensión del aborto -sin duda alguna el acontecimiento más grave y emblemático de la situación difícil y de quiebra de humanidad que atravesamos- que ha adquirido carta de derecho y le cuesta la vida a muchos millones de seres humanos cada año; también demuestran lo mismo la experimentación con embriones, verdaderos seres humanos, o los anuncios, pretensiones o intentos legales de clonaciones humanas que abren la puerta a la creación de «subhombres» destinados al sacrificio, aunque sea para darles vida a otros; y no podemos olvidar las voces -y los hechos y legislaciones existentes o en curso- a favor de la eutanasia.

La violencia con muy diversas formas, por ejemplo en los hogares, las guerras con distintos focos abiertos o latentes, o el terrorismo con tan frecuentes y gravísimas manifestaciones no remiten, al contrario. Tampoco el hambre remite, sino que cada día que pasa aumenta la escasez y carencia de alimentos y la fractura entre países pobres y ricos, por más que a éstos les esté tocando ahora pagar la crisis provocada por sus excesos y generándose, sobre todo en algunos de ellos, una crisis económica de consecuencias incalculables.

Y por si fuera poco, algunos hechos, errores o, incluso, pecados, reales o no tanto, de gente de Iglesia, publicitados, sembrando una sombra de sospecha, o de rechazo, en la opinión pública, frente a la Iglesia en general.

No se nos ocultan, cierto, las fuertes críticas que se hacen a la Iglesia, con o sin fundamento, y hasta las campañas que puedan darse contra ella: cómo es zaherida, ridiculizada o atacada en ciertos medios y por algunas gentes, todos se pueden meter con ella ante la pasividad de la sociedad; no faltan tampoco intenciones o deseos, por parte de algunos, de que la Iglesia desaparezca junto con lo que ella representa, denotando también una especie de autoodio por parte de los mismos; la cristofobia, la cristianofobia y la eclesiofobia aún no siendo fenómenos generalizados, tampoco resultan ya raros y curiosos. Y más allá de esto nos encontramos con la desafección de algunos de los miembros de la Iglesia respecto de ella misma, o con esa «apostasia silenciosa», a la que se refirió el siempre recordado y querido Siervo de Dios, el Papa Juan Pablo II. Tampoco vamos a ocultar la debilidad y poco vigor de algunas de las acciones pastorales o de sus instituciones, o la escasez de sus frutos, o la fragilidad de la vida espiritual y del testimonio de miembros suyos.

#### *Algunas posturas ante estos tiempos*

5. Todo este conjunto de fenómenos pueden abatir o desalentar a algunos. Preferirían que no se señalasen o tildarían de parciales y exageradas estas constataciones. Muchos católicos, sin duda, ante este panorama o clima, están pasándolo mal y sufriendo de manera importante. Algunos se ven desanimados, como si ya fuésemos los últimos, como si esto se acabase; otros tienen la tentación de ir por libre, situarse al margen de la Iglesia, de abandonarla; hay quienes pasan de todo o casi todo, adquieren posiciones de indiferencia como si esto no fuese con ellos o no les afectase la situación, pensando que no va tan mal la cosa o no es tan delicada; y no faltan quienes asumen una postura agresiva y de rechazo de todo, o numantina y de refugio en los cuarteles de invierno, esperando que pase el temporal. Es necesario ver lo que sucede con la mirada de la fe, que siempre es realista, y poner nuestros ojos en Jesucristo, en quien está la grande e irrevocable esperanza para los hombres, y para sus discípulos.

#### *Dios alienta la esperanza. Jesucristo nuestra esperanza*

6. Ciertamente, tener esperanza, vivir con esperanza no es ignorar o negar lo que sucede ni las dificultades graves, sin salida aparentemente, con que nos encontramos. Cuanto mayores sean las dificultades, mayor es la esperanza en el futuro, porque no son nuestras solas fuerzas las que nos pueden sacar de la situación complicada, más bien todo lo contrario;

sino porque es Dios mismo, para quien nada hay imposible, quien puede llevarnos a un futuro nuevo cargado de su presencia, que es su amor por el hombre y su vida para la vida del mundo. Más aún, en estas situaciones, Dios nos coloca el futuro donde se encuentra verdaderamente, nos señala el camino verdadero, nos conduce a la meta que está más allá de las metas que nos ponemos o proponemos los hombres y que, al no lograrlas o al derrumbarse, parece como si todo se ofuscara o se malograra, pero la verdad es que Dios aparece como la verdadera y única meta en todo: porque es el verdadero y pleno futuro del hombre, es Amor y Vida, fuente de vida y de luz. Dios nos habla hoy y nos ofrece la verdadera respuesta que necesitamos, la meta a la que estamos llamados y que cambia todo, la que abre a la esperanza. Así pasó en el destierro de Israel: en aquel callejón sin salida del pueblo elegido, cómo Dios habló por Isaías y abrió caminos de esperanza. Y cómo alentó la Palabra de Dios también a las comunidades destinatarias de la Carta a los Hebreos o del Libro del Apocalipsis, desalentadas por dificultades muy graves de dentro y de fuera, de persecución exterior o de división interna, de disolución de la fe o de desvirtuación de la misma para acomodarla a la sabiduría humana, de tibieza o de infidelidad. En todos esos textos, Dios hoy nos invita a poner la mirada en el Emmanuel, Dios-con-nosotros, Jesucristo, en persona, el que tenía que venir y al que los hombres de todos los tiempos buscan y esperan, el que ha prometido su presencia entre nosotros hasta el fin de los siglos y nos llama a no retirarnos del camino emprendido, a proseguirlo, y a esforzarnos en el conocimiento del Señor: ahí es donde está nuestro futuro, donde se abre el gran futuro que es Cristo, inseparable de la Iglesia y la Iglesia de El. En El tenemos la infinita e inabarcable misericordia de Dios que se acerca sin cesar al hombre y viene a buscar lo que estaba perdido, a los pecadores. El se ha entregado por nosotros y su victoria en la resurrección y su presencia viva en medio nuestro hasta el fin de los siglos nos alcanza incesantemente en la Iglesia. Dios no deja al hombre en la estacada. Jesucristo, el Hijo de Dios vivo, que ha amado a la Iglesia hasta el extremo y se ha entregado por ella, no la deja en la estacada y que perezca en medio de la tempestad y de la oscuridad.

7. Por eso, aunque parezca que todo apunta a lo contrario, vivimos tiempos de esperanza, es la hora de Dios, y, por ello, la hora verdadera del hombre. En el Señor, Jesucristo, tenemos todos los motivos para superar desánimos, desalientos y desesperanzas; en Él, presente entre nosotros y que está junto al Padre con nuestra humanidad ya victoriosa, podemos esperar contra toda esperanza, porque Él, Hijo de Dios vivo venido en carne a nosotros, se ha hecho uno de los nuestros, nuestra

humanidad es la suya, humanidad del mismo Dios, que ya ha penetrado y vive en el reino de los cielos con Dios irrevocablemente. Esta es la gran y siempre nueva noticia que alienta a la esperanza. En el Señor Jesucristo que vino a nosotros y se ha quedado con nosotros en el sacramento del altar, Dios se ha manifestado, se ha hecho visible, tangible. Y se ha manifestado como Amor infinito e incondicional por el hombre y por la vida del hombre. Dios, el Misterio que da consistencia a todas las cosas, ¡se ha revelado como amigo de los hombres! ¡Dios nos ama a los hombres, nos ama a cada uno de nosotros, su amor permanece para siempre! ¡Dios lo ha apostado todo por el hombre, por todos y cada uno, y no tiene vuelta atrás! ¡Ahí se nos ha desvelado la grandeza de ser hombre, lo que vale cada hombre, cada ser humano, cada persona humana, su dignidad inviolable, la sublimidad de la vocación a la que está llamado: la vida eterna, la vida con Dios para siempre, la permanencia en el Amor que nunca muere!. Cristo, Señor nuestro, es el futuro y la esperanza del hombre, la gran certeza de que Dios no nos deja en la estacada. Él es la esperanza única y plena, totalmente cierta y segura, de la Iglesia, a la que amó y por la que se entregó, su esposa a la que está unida para siempre. ¡No cabe ni el miedo ni el desaliento, hermanos!.

### *La Iglesia inseparable de la esperanza*

8. Os lo repito de nuevo, al iniciar este nuevo curso: Es la hora de la fe, es la hora de la esperanza que no defrauda. Como Abrahán, hemos de esperar contra toda esperanza, no ser flojos en la fe, no dudar de las promesas de Dios. Hay que confiar en El plenamente que ha prometido su presencia para siempre en la Iglesia y que las puertas del infierno y las fuerzas del mal no prevalecerán contra ella. Es verdad que en la Iglesia vivimos hombres pecadores, hombres que nos equivocamos; gracias a que esto posible, por ejemplo, también yo, pecador, puedo pertenecer a esta Iglesia en la que encuentro la gran misericordia de Dios, de su Hijo Jesucristo, enviado al mundo, y que se sienta con nosotros a la «mesa amarga de los pecadores».

Es la Iglesia la gran señal de esperanza para hoy y siempre. Porque en ella y gracias a ella conocemos a Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, el que tiene palabras de vida eterna, el que ha traído la misericordia y el perdón para nuestros pecados, la salvación que Dios quiere para los hombres, el que reúne en unidad a los hijos de Dios dispersos y enfrentados. En la Iglesia y gracias a ella, animada por el Espíritu Santo, se nos entrega al mismísimo Cristo en persona, su cuerpo y su sangre para que tengamos vida y participemos de ese amor sin medida de Dios

que nos lleva a vivir la misericordia, la compasión, la paz verdadera y la reconciliación entre los hombres. En la Iglesia y por ella tenemos acceso al perdón de nuestros pecados, a la posibilidad de ser y vivir como hijos de Dios. Por su medio llega hasta nosotros el Evangelio de Jesucristo, buena nueva para los pobres y los que sufren.

9. Es hora de amar a Jesucristo con todo nuestro ser, de buscarlo y de seguirlo, e, inseparablemente, es hora de amar a la Iglesia profundamente, de creer y esperar con ella, de intensificar la comunión eclesial, de no desconfiar de ella, de vivir más hondamente su misterio de fe, de esperanza y de amor sin fisuras. Es lo que dará también al mundo la verdadera esperanza. Sin la Iglesia no encontraremos a Cristo, la plena y total esperanza para la humanidad entera, en quien se abre el futuro verdadero y de vida para toda la humanidad, en quien tenemos la verdad que nos hace libres y el amor que libera. ¿Cómo acomplejarse de nuestra santa madre Iglesia o dejarnos llevar de un clima de sospecha y recelo frente a ella? Todo lo contrario. No tengamos miedo: no tengamos miedo ni de Jesucristo, ni de su Iglesia, que, por su propia voluntad, la ha unido consigo para siempre. Ahí está la vida que es verdaderamente vida, anticipo y presencia de vida eterna, donde reina y permanece el Amor, Dios, en cuyas manos estamos y es nuestra heredad.

#### *La esperanza, fuente de renovación personal y de la sociedad*

10. Al proclamar esta fe y esta esperanza en la «vida que es realmente vida», ofrecemos a todos motivos fundamentales para la renovación de la vida personal -una vida con hondura, asentada en el firme cimiento de la verdad, del bien y del amor, libre y verdadera-; al proclamar esta fe, inseparable de la esperanza, se está ofreciendo así mismo a todos motivos fundamentales para la regeneración de la convivencia social, y el establecimiento de la paz, de la tierra nueva en que habite el bien, la verdad, el amor, y reine la justicia, la libertad. Porque el don supremo de Sí mismo al hombre por parte de Dios, pleno y definitivo, en la vida eterna, es lo que da su justo valor a la vida presente, jerarquiza todos los bienes de la tierra, y evita que alguno de estos bienes pase a ocupar el lugar de Dios, como realidad última y esencial, y bien supremo. Esta fe-esperanza nos asegura y recuerda que lo esencial e importante por encima de todo, es buscar esa meta última y final: «los bienes de allá arriba, donde está Cristo». Inmersos en las ocupaciones diarias y en las dificultades del momento, corremos el riesgo de creer que aquí, en este mundo en el que estamos de paso, se encuentra el fin último de la existencia humana.

Cuando el corazón del hombre vive con su meta última puesta en Dios y vive constantemente dirigido a Dios, las realidades terrenas, nuestra historia, cargada de dificultades en algunos momentos con particular intensidad, se viven en su justo valor, porque están iluminadas por la verdad eterna del amor de Dios, que lo llena todo, que sacia enteramente el corazón del hombre «que no se contenta con menos que Dios», en expresión teresiana. Por eso, vivimos la «hora de Dios», la hora de volver a Él, la hora de la esperanza que no defrauda.

### *Una visión del hombre sin Dios y sin Cristo, raíz de la desesperanza*

11. Sin duda alguna, el problema fundamental de nuestro tiempo, la pérdida de la esperanza que nos aflige hoy, tiene su raíz en el «intento de hacer prevalecer una antropología, <una visión del hombre>, sin Dios y sin Cristo. Esta forma de pensar ha llevado a considerar al hombre como el centro absoluto de la realidad, haciéndolo ocupar así falsamente el lugar de Dios y olvidando que no es el hombre el que hace a Dios, sino que es Dios quien hace al hombre. El olvido de Dios condujo al abandono del hombre, por lo que no es extraño que en este contexto se haya abierto un amplísimo campo» (Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, n. 7), que es el panorama que hemos descrito anteriormente.

### *La Virgen María, la gran figura para la esperanza*

12. Pero Dios está con nosotros y no sólo no nos abandona, sino que nos abre la posibilidad de entrar en la plenitud de la vida y del amor. Así lo vemos en esa figura, esa mujer del Libro del Apocalipsis, vestida de sol, con una corona de doce estrellas y aplastando el dragón: la Virgen María. En Ella tenemos el gran signo de consolación y de esperanza para todos, es el signo de la victoria del amor, de la victoria del bien, de la victoria de Dios; en Ella contemplamos ya nuestro futuro anticipado en Cristo, el futuro de los que Dios ama y de los que, fieles, aman a Dios; así se nos abre la gran esperanza, don de Dios inseparable de todo hombre, y que a todo hombre se ofrece.

En Ella, una de nuestro linaje, se pone de manifiesto la victoria total sobre los poderes del mal, la grandeza, poder y misericordia inenarrable de Dios salvador de los hombres, que, de generación en generación, levanta a los caídos y humillados de la tierra y derriba del trono a los poderosos que se oponen al amor de Dios, cuyos predilectos son los últimos y que se hace pequeño para engrandecer la humillación del hombre caído.

Vestida totalmente de sol, esto es, de Dios, María «vive totalmente en Dios, rodeada y penetrada por la luz de Dios» porque es la toda santa, la llena de gracia, la colmada por el Espíritu Santo, invadida por completo y llena del amor de Dios; «y tiene bajo sus pies la luna, imagen de la muerte y de la mortalidad», que vino por la instigación del Maligno, representado en la serpiente del primer pecado, que Ella aplasta con su descendencia. «María superó la muerte»; unida íntimamente con su Hijo único y a imitación de Él, «está totalmente vestida de vida», y nos dice: '¡Ánimo, al final vence el amor! En mi vida dije: ¡He aquí la esclava del Señor! En mi vida me entregué a Dios y al prójimo. Y esta vida de servicio llega ahora a la vida verdadera. Tened confianza; tened también vosotros la valentía de vivir así contra todas las amenazas del dragón» (Benedicto XVI, Fiesta de la Asunción, 2007).

Ella aplasta al dragón, figura signo del maligno y de los poderes infernales que marcan la ausencia y la oposición a Dios y a su designio de amor sobre el hombre. Cuando san Juan escribió el Apocalipsis, para él este dragón significaba todo el poder omnipresente del Imperio Romano, casi ilimitado y tan grande que «ante él la fe, la Iglesia, parecía una mujer inerme, sin posibilidad de sobrevivir, y mucho menos de vencer... Y, sin embargo, sabemos, venció la mujer inerme... venció el amor de Dios y el Imperio romano se abrió a la fe cristiana». Así ha sido a lo largo de la historia hasta nuestros días: «Parecía imposible que, a largo plazo, la fe pudiera sobrevivir ante este dragón tan fuerte, que quería devorar al Dios hecho niño y a la mujer, la Iglesia». Y siempre, al final, el amor de Dios ha sido más fuerte, ha vencido frente al odio, la violencia el querer eliminar a Dios y devorar el Amor que se ha hecho carne de nuestra carne en una criatura que nace de la Madre, llena de Dios.

«También hoy el dragón existe en formas nuevas, diversas. Existe en la forma de ideologías materialistas, que nos dicen: es absurdo pensar en Dios; es absurdo cumplir los mandamientos de Dios; es algo del pasado. Lo único que importa es vivir la vida para sí mismo, tomar en este breve momento de la vida todo lo que nos es posible tomar. Sólo importa el consumo, el egoísmo, la diversión. Esta es la vida. Así debemos vivir. Y, de nuevo, parece absurdo, parece imposible oponerse a esta mentalidad dominante, con toda su fuerza mediática, propagandística. Parece imposible aún hoy pensar en un Dios que ha creado al hombre, que se ha hecho niño y que sería el futuro dominador del mundo. También ahora este dragón parece invencible, pero también ahora sigue siendo verdad que Dios es más fuerte que el dragón, que triunfa el amor y no el egoísmo... Ciertamente, vemos cómo también hoy el dragón quiere devorar a Dios que se hizo niño. No temáis por este Dios aparentemente débil. La lucha

es algo ya superado. También este Dios débil es fuerte: es la verdadera fuerza. Así ... María es una invitación a tener confianza en Dios y también una invitación a imitarla en lo que Ella misma dijo: '¡He aquí la esclava del Señor!, me pongo a disposición del Señor'. Esta es la lección: seguir su camino; dar nuestra vida y no tomar la vida. Precisamente así estamos en el camino del amor, que consiste en perderse, pero en realidad este perderse es el único camino para encontrarse verdaderamente, para encontrar la verdadera vida» (Benedicto XVI, Fiesta de la Asunción de la Virgen, 2007).

«Dichosa, Tú, que has creído», le dice Isabel a su prima María. ¡Dichosos nosotros, si creemos, como Ella!. Porque es en la fe donde está la victoria, es por la fe como somos unidos a Dios y estamos con Él. Estar con Dios, tener a Dios, es tenerlo todo; nada falta cuando a Él se tiene y con Él se vive. Vivir en Él y con Él es el cielo, es tener contento pleno. Sólo desde Dios, a partir de Él, la tierra llegará a ser plenamente humana; la tierra será habitable por la luz y el amor de Dios, su gloria; allí donde se cumple la voluntad de Dios, está Dios, está el cielo, puede la tierra convertirse en cielo. Por el contrario, «donde no hay Dios surge el infierno, que consiste sencillamente en la ausencia de Dios» (J. Ratzinger). En la ausencia de Dios se funda la crisis de nuestra cultura; en esa ausencia se gesta una sociedad y una cultura que padece una profunda quiebra moral y humana, una grave caída de referencias y de valores morales universales, de lo que es bueno y malo, o verdadero, por sí y ante sí más allá de la decisión para el comportamiento personal y social, como se señala, por el contrario, por el relativismo moral de nuestra época en Occidente. «El alejamiento de Dios lleva consigo la pérdida de aquellos valores morales que son base y fundamento de la convivencia humana» (Juan Pablo II, Homilía en Huelva, junio 1993). ¡No sabemos, hermanos, lo que tenemos con la fe que reconoce a Dios como Dios, creador, salvador y remunerador!. Urge, como vemos en María, la fe, la fe para vivir en la dicha y en la felicidad de estar, de ir, caminar y vivir con Dios, conforme a su querer o voluntad. Urge y apremia afirmar a Dios, dar testimonio de Él, que es vida y amor, misericordia sin límites, fuente y fundamento de dignidad y grandeza humana, esperanza cierta de que puede ser, es, levantado lo que está caído y derribado en el hombre. Así lo hace la Virgen María en el canto del Magníficat. Es hora de vivir y proponer la fe: ése es nuestro futuro, el futuro del hombre, el futuro de la Iglesia, que está para servir a los hombres. La Iglesia existe para que Dios pueda ser dado a conocer y ayudar a vivir desde Él y en Él: esta es su tarea para nuestro tiempo. La fe se propone, no se impone: se proclama en libertad y gozo, como hace María. Por eso su tarea principal, nuestra tarea como

cristianos, no es otra que avivar y alimentar la experiencia de Dios, propiciar el encuentro con Dios, el estar con Él, y, así, anticipar entre nosotros, el Reino de Dios, el cielo, donde estaremos siempre con Él, donde permanece para siempre y sin fin el Amor, que es vida y fuente de vida.

*Apoyarse en Dios, como María, la gran fuente de esperanza*

Como su Señora, la Virgen María, en la Iglesia, por la gracia y la misericordia de Dios, es anticipada la resurrección, la vuelta a la vida, la vida misma que no perece, la vida divina que no muere, la vida del amor, que es Dios. La Iglesia es signo y garantía de esa esperanza grande, la que da razones para vivir dentro de la historia. En y por la Iglesia, creación nueva, la misericordia de Dios garantiza nuestra regeneración, nuestro nuevo nacimiento, la transformación de lo que es viejo en realidades nuevas. Sobre este fondo hemos de colocar la esperanza y podemos preparar a mirar la vida desde y con la fuerza misma de la misericordia de Dios. La resurrección de Cristo, presente en la Iglesia, de cuya plenitud participa entera y totalmente la Virgen María, nos da la certeza de que la victoria sobre la muerte funda nuestra esperanza, pero la funda en Dios, en su acción misericordiosa y de gracia. La esperanza cristiana, así, está en condiciones de comportamientos nuevos y sorprendentes en los cristianos. Tal vez la Iglesia pueda parecer vieja o envejecida, puede parecer cargada de años y formada por personas de años, pero sabe la Iglesia que puede desear y la novedad de Dios y de su amor antes de obtenerla, sabe que puede amar y esperar contra toda esperanza y más allá de triunfos y de prestigios humanos, cree que Dios introduce en la historia un movimiento nuevo de vida sorprendente: sabe que Él llega y hace nuevas todas las cosas (Cf. Ap 21, 5). Esta es la paradoja de la esperanza: podemos tener una Iglesia vieja de edad, pero que es capaz todavía de desear y de obrar en términos de futuro, de actuar para la propia renovación incesante de sí misma y del mundo. Esta Iglesia, aparentemente o realmente envejecida, puede todavía, con la fuerza del Espíritu que resucitó a Jesús, construir su mañana si tiene fe suficiente para hacerlo. Animada con la fe, sabe que para Dios no hay nada imposible, como escuchó María del Ángel de la Anunciación. Se trata de una prospectiva, de un futuro, animados por la fe, que tiene necesidad de confianza y de amor en Dios, que hace nuevas todas las cosas. Si tenemos esta juventud de corazón, este ardor, todo es posible. La fuerza renovadora de la Iglesia surge de la gran esperanza que nos habita cuando apoyamos en Dios nuestra vida. Si apoyamos en Dios nuestra vida seremos, somos,

capaces de dar vida y vigor nuevo a las relaciones entre los hombres, de generar en el mundo, anticipando el futuro definitivo que ya ha comenzado en Cristo resucitado, una verdadera revolución: la revolución de Dios, la revolución del Amor, de la vida en Dios, de los santos. La novedad del Evangelio, su grandeza y su belleza se expresarán en las nuevas relaciones que provienen de la vida con Dios. De ese apoyarse en Dios nace la sabiduría, la conciencia, la apertura cultural que son raíz de grandes y fecundos cambios en la sociedad. Las sociedades cambian, cuando las personas cambian sus proyectos, sus corazones, sus mentes; los verdaderos cambios nacen en los corazones y en las mentes de las personas. Apoyarse en Dios, como hace María, la fiel esclava del Señor que dice: «Hágase en mí, según tu Palabra», es la gran fuente de esperanza y de renovación que necesitamos. A eso nos invita la Virgen María, figura y tipo de la Iglesia. Apoyémonos en Dios, avivemos la fe, renovemos la esperanza y habrá una gran renovación en la Iglesia, se llenará de juventud y de fuerza para renovar nuestro mundo tan pobre y tan necesitado de esperanza, de esperanza verdadera y grande.

Que Ella, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra, en estos tiempos recios y delicados, tan necesitados de la misericordia de Dios, vuelva a nosotros sus ojos misericordiosos, y nos muestre a Jesús, fruto bendito de su vientre bendito, que anhelemos y esperemos su triunfo y su venida, que vivamos con y de la esperanza firme en su venida. Que Ella, en esta hora de Dios, tan crucial de la historia humana, nos ayude en la fe, para que seamos dichosos, como Ella misma, y esperemos en el Dios de la misericordia que tanto quiere a los hombres que nos ha hecho para que, como Ella, estemos y vivamos con Él en el cielo donde reina el Amor que es Él y la felicidad plena que no se puede dar al margen de ese Amor, de esa fuente inagotable de misericordia.

### III. EN EL CENTRO DE TODO, LA MISERICORDIA DE DIOS, EL EVANGELIO DE LA MISERICORDIA

#### *Testigos de la esperanza, testigos de la misericordia divina*

13. ¡Qué gran misericordia la de Dios para con nosotros! ¡Cómo necesitamos de Dios y de su infinita misericordia en esta hora que vivimos, para que, confiados, reemprendamos el camino de la esperanza, y seamos portadores y testimonio vivo de esperanza cristiana en nuestro mundo, es decir, portadores y testimonio de Dios vivo, de Dios misericordioso, transmisores y cauce del hontanar y del agua viva de la misericordia que de Él procede! Nuestra esperanza está por completo en la misericordia

infinita de Dios que nunca se acaba y se renueva cada mañana: sólo en ella podemos, debemos esperar; somos testigos, como canta la Santísima Virgen María, de que es verdad: la misericordia del Señor llega ininterrumpidamente a sus fieles de generación en generación. Toda la historia humana es muestra fehaciente de que Dios no abandona al hombre y que actúa en la historia humana para llevar a toda la realidad creada a una plenitud salvífica. Nosotros no estamos a merced de fuerzas oscuras, ni vivimos de forma solitaria nuestra libertad, sino que dependemos de la acción del Señor, poderoso y amoroso, rico en misericordia, que tiene para nosotros un «reino» por instaurar, sede de una manifestación de piedad, de ternura, de bondad, de gracia, de justicia: de misericordia que no tiene vuelta atrás.

La misericordia de Dios que llena toda la tierra y acompaña al hombre en toda su historia llega a su punto culminante en la persona de su Hijo, enviado por Él y venido al mundo en carne, no para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él. Bien podemos decir que Jesús, en la integridad de su persona y su misterio, de su vida, de su palabra, y de su obra, es la misma misericordia de Dios hecha carne de nuestra carne que de manera irrevocable y para siempre se ha unido al hombre y se ofrece a todos. En la resurrección de Jesús se nos ha dado, en verdadero derroche de gracia y de sabiduría, la plenitud de la misericordia y se nos ha concedido conocer y probar que Dios es Amor, que tiene un corazón que se compadece y libera de la miseria humana. Nosotros somos testigos, por la resurrección de Jesucristo, de que Dios no abandona al hombre definitivamente, de que, en Jesús, se ha unido al hombre de manera irrevocable, se ha empeñado en favor del hombre, y no lo deja ni dejará en la cuneta por muy sin mal que se encuentre. Caminará siempre sobre las aguas procelosas de la historia y lo acompañará en su Iglesia hasta la orilla serena, de paz y de felicidad. La resurrección de Cristo es la manifestación plena de la misericordia de Dios: en ella han sido vencidas para siempre las fuerzas del mal y las olas que baten con fuerza sobre el edificio de la Iglesia. Sabemos bien que de Dios podemos fiarnos incondicionalmente en cualquier callejón sin salida, ante lo que amenaza de muerte al hombre o reclama aliento y ánimo de vida, y que podemos poner en Él toda nuestra confianza, confiar en Él y confiarnos a Él como un niño en brazos de su madre, pues «los ojos del Señor están puestos en sus fieles, en los que esperan en su misericordia, para librar sus vidas de la muerte y reanimarlos en tiempo de hambre».

Por eso nosotros, siempre y particularmente al comenzar un nuevo curso pastoral, suplicamos al Señor, que su «misericordia venga sobre nosotros como lo esperamos de Él». En esta nueva etapa que marca un

curso pastoral, invito a todos a que nos confiemos a la Divina Misericordia y abramos nuestro corazón, nuestras vidas, enteramente al hontanar de la misericordia, que es Dios. Pido a todos que, de manera muy especial y viva, reconozcamos, proclamemos y alabemos la misericordia de Dios; que invoquemos a Dios con toda sencillez y confianza de hijos necesitados como «Dios de misericordia infinita», y le demos gracias porque «es eterna su misericordia»; que, así, anunciemos a los cuatro vientos y en el testimonio silencioso de cada día el Evangelio de la misericordia. Es necesario que a plena luz con todo lo que somos y con todos los medios de que dispongamos testifiquemos y anunciemos esto en tiempos como los nuestros en que siguen y se agravan las tribulaciones, los sufrimientos y las pruebas, las heridas abiertas del Crucificado, pero en los que también sigue de manera irrevocable la esperanza de Jesús, vencedor de toda muerte y de toda destrucción humana. De momento nos toca sufrir un poco en pruebas diversas. «¡Cuanta necesidad de la misericordia de Dios tiene el mundo de hoy!. En todos los continentes, desde lo profundo del sufrimiento humano, parece elevarse la invocación de la misericordia. Donde dominan el odio y la sed de venganza, donde la guerra conduce al dolor y a la muerte de inocentes, es necesaria la gracia de la misericordia que aplaque las mentes y los corazones, y haga brotar la paz. Donde falta el respeto por la vida y la dignidad del hombre es necesario el amor misericordioso de Dios, a cuya luz se manifiesta el inexpresable valor de todo ser humano. Es necesaria la misericordia para asegurar que toda injusticia en el mundo encuentre su término en el esplendor de la verdad» (Juan Pablo II).

La Humanidad de hoy se ve acechada por «nuevos peligros» que acosan al origen y al fin de la vida. «A menudo el hombre de hoy vive como si Dios no existiese, e incluso se pone a sí mismo en el lugar de Dios. Se arroga el derecho del Creador de interferir en el misterio de la vida humana. Quiere decidir, mediante manipulaciones genéticas, la vida del hombre, y determinar los límites de la muerte». Se observa una tendencia en la sociedad de hoy, con muchos medios a su alcance, que quiere eliminar la religión, más aún, a Dios mismo, tanto de la vida pública como de la privada». El olvido de Dios, rico en misericordia, su desaparición del horizonte y universo de una cultura dominante que lo ignora o rechaza es el peor mal que acecha a la humanidad de nuestro tiempo, su quiebra más profunda. Esta tendencia que pretende imponerse como cultura dominante, además, «al rechazar las leyes divinas y los principios morales, atenta abiertamente contra la familia», que es donde está el futuro del hombre. De diversas formas trata de amordazar la voz de Dios en el corazón de los hombres; quiere hacer de Dios el gran ausente en la cultura

y en la conciencia de los pueblos. Todo ello ha condicionado sobre todo al siglo XX, un siglo marcado de forma particular por el misterio de la iniquidad, que sigue marcando la realidad del mundo en este nuevo siglo, todavía dentro de su primera década. Estamos viviendo, como he señalado desde el comienzo de esta Carta Pastoral, momentos complicados en el mundo, en nuestra sociedad. Con toda honestidad, y con una fe viva, es preciso reconocer que estamos necesitados de la misericordia de Dios para reemprender el camino con esperanza; estamos grandísimamente necesitados del testimonio y anuncio de Dios vivo y misericordioso; esta es la cuestión esencial; y necesitamos, en tiempos de dispersión y quiebra, centrarnos en lo esencial: la experiencia, testimonio, anuncio e invocación constante y confiada de Dios misericordioso, revelado en el rostro humano y con entrañas de misericordia de su Hijo venido en carne. Para nosotros, en la situación que vivimos, para el mundo y para el hombre «sólo existe una fuente de esperanza: la misericordia de Dios», que se ha manifestado tan grande al resucitar a su Hijo de entre los muertos y hacernos renacer por Él, resucitado de entre los muertos, a una esperanza viva e incorruptible. Hermanos, en este tiempo que Dios nos concede y allá donde estemos, queremos repetir con fe, con la fe misma de los santos Apóstoles: «¡Jesús confío en Tí!», que eres la misericordia de Dios.

Este es el gran anuncio de futuro para el mundo: «De este anuncio, que expresa la confianza en el amor omnipotente de Dios, tenemos particular necesidad en nuestro tiempo, en que el hombre experimenta el desconcierto ante las múltiples manifestaciones del mal. Es necesario que la invocación de la misericordia de Dios brote de lo profundo de los corazones llenos de sufrimiento, de inquietud y de incertidumbre, pero al mismo tiempo con una fuente inefable de esperanza» dentro de ellos. El manantial de esa fuente es Cristo, el Hijo único del Padre, rico en misericordia. Sólo la resurrección, manifestación y plasmación suprema de la misericordia divina, nos abre a la esperanza grande, nos alienta a ella, nos abre al futuro y señala caminos que nos conduzcan a él, porque el duelo que se trabó entre la vida y la muerte, se ha inclinado de manera definitiva y sin vuelta atrás del lado de la Vida, del lado del Amor, del lado de la misericordia de Dios. Ese duelo secular que acompaña toda la historia de la humanidad y de la Iglesia, que con tan fuerte intensidad se ha manifestado en los últimos cien años, desemboca en el triunfo del Señor de la Vida, el que es la revelación y la entrega del Amor misericordioso de Dios, cuya gloria es que el hombre viva, de Dios que ha resucitado a Jesucristo, de Jesucristo resucitado, cuyo signo y saludo, y envío y misión es la paz y la misericordia y el perdón.

Que Dios, en su infinita misericordia, nos conceda a todos mantenernos vivos en esta confianza, que es nuestra victoria, y que demos testimonio valiente de esto, del Evangelio de la misericordia que se concentra y expresa en la resurrección de Jesucristo. Acojámonos y confiémonos a la misericordia de Dios. Acudimos a la Santísima Virgen Madre, madre de misericordia y del amor misericordioso, y que Ella nos ayude a confiar para ser testigos de esperanza.

#### IV. UNIDAD Y COMUNIÓN EN LA IGLESIA

*Unidad y comunión, don y obra de la divina misericordia, razón para la esperanza: el objetivo de un nuevo curso*

14. Que Dios tenga misericordia de nosotros y escuche la súplica de su Hijo, a la que nos unimos nosotros, como santo y guía para nuestra Iglesia diocesana, en todas sus comunidades y en todos sus fieles: «Que todos sean uno, para que el mundo crea». La fe nos abre a la misericordia, la fe nos abre a la esperanza. Pero sin la unidad y comunión por la que Jesús suplica al Padre y da su vida por los hombres, no es posible abrirse a la fe y a la esperanza. Esta unidad por la que el Señor pidió y pide, esta unidad que el Señor dió a su Iglesia como uno de sus rasgos -»Iglesia una«- «y en la cual quiere abrazar a todos, no es accesoria, sino que está en el centro mismo de su obra. No equivale a un atributo secundario de la comunidad de sus discípulos. Pertenece al ser mismo de la comunidad. Dios quiere la Iglesia, porque quiere la unidad, y en la unidad se expresa toda la profundidad de su ágape (de su amor)» (Juan Pablo II, *Ut unum sint*, n. 9).

*La comunión eclesial: don de Dios que constituye la Iglesia*

15. El Hijo de Dios se ha hecho hombre para reunir en unidad a los que andan dispersos. El ha entregado su cuerpo para que seamos un cuerpo con El y ha derramado su sangre para la reconciliación y la unión de todos los hombres en El con el Padre por el Espíritu Santo. El nos ha dado su Espíritu Santo para la unidad, y ha constituido su Iglesia como sacramento de la unión íntima con Dios y la unidad de todo el género humano (Cf LG, 1).

La vocación de la Iglesia es la unidad. Le urge, pues, a la Iglesia buscar y vivir con verdadero ardor y empeño la comunión eclesial, la unión de los discípulos de Jesucristo, de cuantos creen en El, para poder ser lo que es. No es una cuestión de segundo orden o que solo afecte a unos pocos

dentro de la Iglesia. Nos afecta sustancialmente a todos los que somos cristianos. Necesitamos redescubrir la esencia del misterio de la Iglesia que se manifiesta en Pentecostés: frente a la Babel dispersa y dividida por el pecado, Pentecostés, nacimiento de la Iglesia y sustancia de la Iglesia, es misterio y llamada a la unidad. De que redescubramos esto depende, mucho más de lo que creemos los mismos cristianos, el futuro no solo de la Iglesia, sino de la fe, de nuestro pueblo, y del mundo entero.

### *La debilidad en la comunión eclesial*

16. A pesar de esta vocación, hay en la Iglesia terribles pecados contra la unidad. Persiste en ella, desgarrándola, la ruptura de la Edad Media y del comienzo de la Edad Moderna que tan trágicas consecuencias ha traído para la humanidad. Pero a parte de estas profundas heridas, existen otras entre nosotros mismos que denotan debilidad en la comunión y fragilidad en la unidad. Esta fragilidad y, más aún, las posibles divisiones, debilitan la fuerza del testimonio cristiano ante la increencia y secularización de nuestro tiempo, ante tanta indiferencia religiosa y mentalidad pagana como nos envuelve, ante el empuje de los fundamentalismos y de las sectas o ante una religiosidad difusa de espaldas al Dios personal. Estos son los grandes riesgos para el hombre de hoy que solamente podrán ser superados desde el cumplimiento de la voluntad del Señor: «Que todos sean uno,...Yo en ellos y Tú en mí, para que lleguen a la unión perfecta, y el mundo pueda reconocer así que Tú me has enviado, y que los amas a ellos como me amas a mí».» Todos somos conscientes de que el logro de esta meta no puede ser sólo fruto de esfuerzos humanos, aún siendo éstos indispensables. La unidad, en definitiva, es un don del Espíritu Santo. A nosotros se nos pide secundar este don». A eso debería tender todo, en buena medida, este curso pastoral en nuestra diócesis: a promover y fortalecer la comunión y unidad eclesial.

### *Fomentar la espiritualidad de la comunión*

17. La comunión, fuente y sustento inseparable de la caridad y del amor fraterno, en que insistimos el curso pasado en nuestra programación pastoral, -nunca insistiremos bastante, y habremos de insistir siempre y en todo momento- constituye un elemento fundamental e imprescindible en el que, con el auxilio de la gracia, habremos de poner nuestro empeño el año venidero, y todos los años de nuestra vida en la iglesia diocesana de Toledo, como realidad permanente que les es propia en cuanto Iglesia. Ya lo dijo el buen y gran Papa Juan Pablo en su Carta Apostólica programática para el tercer Milenio, Novo Millenio ineunte: La comunión

«encarna manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia. La comunión es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón del eterno Padre, se derrama en nosotros por el Espíritu que Jesús nos da (cf Rm 5,5), para hacer de todos nosotros 'un solo corazón y una sola alma' (Hech 4,32) (...). Hacer de la Iglesia la escuela y la casa de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las esperanzas del mundo (...). Antes de promover iniciativas concretas, hace falta promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades. Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada al corazón de la Trinidad (...); significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico de Cristo, y, por tanto, como 'uno que me pertenece' (...). Espiritualidad de la comunión es también capacidad para ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios (...), es saber 'dar espacio' al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros. No nos hagamos ilusiones, sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento» (Juan pablo II, Novo Millenio Ineunte, 42-43).

Es Dios quien crea la Iglesia y hace de ella -como dice san Cipriano en el siglo II- «un pueblo congregado por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (De Orat. Dom., 23; cit. por LG, 4). Es «la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo» (cf 2 Co 13,13) -la Trinidad Santa- lo que, -mejor, Quien- está presente en ella y la constituye. Por eso la Iglesia, cada una de las iglesias particulares o diócesis -la nuestra de Toledo-, y cada una de nuestras comunidades eclesiales, está llamada ante todo a dejarse plasmar y configurar, por la presencia de Dios, por su conocimiento y acogida de su voluntad: si la prioridad, el primado, de Dios no es auténtico en ella, tampoco ella podrá vivir y dar fruto; su primer servicio al mundo es que esta presencia de Dios, Uno y Trino, sea transparente en ella. Mas, porque el misterio de Dios en tres Personas es el amor, que como tal se nos ha revelado en Cristo crucificado y comunicado en el don del Espíritu Santo (cf. 1 Jn, 4, 7-16), esta presencia de Dios se hace visible principalmente en la caridad y en la comunión. Por eso precisamente, como he dicho antes, siguiendo a Juan Pablo II, es necesario hacer de la Iglesia, de nuestras diócesis, de cada una de nuestras comunidades «la casa y la escuela de comunión».

Nos urge y apremia mantener y acrecentar nuestra comunión, comunión fraterna, el testimonio y el ejemplo de la comunión eclesial que ha de reinar en todo el pueblo fiel.

*El servicio humilde del Obispo a la comunión*

18. Como Obispo vuestro, sucesor de los Apóstoles en comunión con Pedro, con todo el Colegio Apostólico, con toda la Iglesia, de manera muy principal y primera he de ayudar en la comunión a la Diócesis, a cada una de las comunidades, a cada uno de cuantos formamos esta Iglesia local de Toledo -con vocación especial de comunión, por ser la Iglesia Primada de España-. El servicio humilde y perseverante a la comunión es, sin duda, el más exigente y delicado, pero también el más precioso de mi ministerio episcopal, porque es servir a la dimensión esencial de la Iglesia, a lo que la constituye como tal -sacramento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano (Cf LG 1)-. En este servicio, con la ayuda del Espíritu y de la comunión de los santos, habré de poner mis mejores y mayores esfuerzos, no ignorando que esta comunión, obra del Espíritu Santo, es unidad en Cristo y en su doctrina, en la fe y en la moral, en los sacramentos, en los medios comunes de santidad, en las grandes normas de disciplina, y, ante todo, en la caridad y en cuanto tenga que ver con la caridad, vínculo de comunión y de unidad consumada. Y no ignorando tampoco que la comunión en la Iglesia tiene sus propias exigencias internas, la primera de las cuales es la comunión con Dios; lo que exige y reclama el seguir fortaleciendo en el pueblo cristiano, apelando a la conciencia de todos, el encuentro con Dios vivo y verdadero, la experiencia de Dios tres veces santo; y en este sentido, para promover y alentar la comunión, será necesario recordar, subrayar y favorecer, a tiempo y a destiempo la vocación de todos los fieles a la santidad, porque esa es la voluntad de Dios, lo que Él quiere de todos y cada uno de nosotros; por ello, habremos de traer a la memoria una y otra vez, lo que dije en mis cartas pastorales anteriores al comenzar el curso, sobre todo: «Si conocieras el don de Dios» ( 15 de octubre, de 2004), «Mirad a vuestro Dios y tened los mismos sentimientos de Jesús» (15 de octubre, 2006); «La caridad no desaparecerá jamás» (1 de octubre, de 2007). A ellas remito a todos al comenzar este nuevo curso, y a ellas me remitiré a lo largo del año para fortalecer la comunión.

*El Obispo, para fortalecer la comunión, don de Dios que hace la Iglesia*

19. Como Obispo, para fortalecer la comunión eclesial, Dios me pide -también os lo pide a vosotros- que viva claramente la Iglesia y la comunión

que la constituye no como algo que construimos nosotros, los hombres, fruto de la concitación de nuestras libertades y consensos, sino como un don de Dios que tiene en El su origen, como fruto del amor de Dios en la historia del don de Jesucristo su Hijo que Dios ha hecho de una vez para siempre y que no revocará jamás, y como obra del Espíritu Santo, verdadero constructor y guía del Pueblo de Dios, que nos da los dones que constituyen la comunión eclesial y la anima en la unidad de los mismos dones. No podemos olvidar jamás que el fruto del amor de Dios, Trinidad Santa, es la Iglesia como comunión. El centro de la Iglesia está en la comunión, y, por eso, la Eucaristía que hace la Iglesia -cuya expresión más visible y patente es la que preside el Obispo con su presbiterio y el pueblo fiel- está en el centro de la misma.

*El Obispo, hombre, ante todo, de comunión: con el Papa y los obispos*

20. Por esto mismo, como obispo he de ser entre vosotros, con vosotros y para vosotros un hombre de comunión. De comunión inquebrantable con el Papa, sea quien sea el sucesor de Pedro, con todas sus enseñanzas y directrices, con sus inquietudes y desvelos pastorales. De comunión con el colegio episcopal, con mis hermanos de la Conferencia Episcopal, más allá de tendencias y posiciones particulares. Y de manera muy singular y hasta especialísima, he de vivir esa comunión, que se exprese en confianza y amistad profunda -como así es-, con mi hermano Obispo Auxiliar, D. Carmelo, al que quiero, a quien tanto debo, y quien tanto me ayuda.

*Hombre de comunión con los sacerdotes y personas consagradas*

21. Hombre de comunión con vosotros, hermanos sacerdotes, a los que he de hablar y tratar con tanto cariño y respeto, como mis fieles colaboradores, mis hermanos y amigos queridos; vosotros habréis de encontrar en mí, en estos tiempos difíciles para vuestra misión, un punto de referencia cercano y claro, para vivir y sentir con la Iglesia. En todo momento debo tratar de tender puentes y siempre, desde la verdad y el amor, buscar el encuentro, el diálogo, la unidad, estar a vuestro lado y alentaros en todo momento. Perdonad si no siempre es así; ayudadme a que sea así, como vosotros necesitáis.

Ministro y servidor de la comunión también con vosotros y para vosotros, hermanos y hermanas, que vivís una vida de especial consagración en la Iglesia, y que, por ser y representar en ella el amor, que siempre viene de Dios, misterio de comunión y amor en la Trinidad

Santa, y por ser expresión de los carismas suscitados para el bien común de toda la Iglesia por el Espíritu, que obra la comunión, sois un signo y un instrumento particular y fundamental en la edificación de la comunión eclesial en la Iglesia universal y en la diocesana. Sabéis que estoy con vosotros y que cuento con todos. Sabéis mi aprecio, afecto entrañable, admiración y reconocimiento grande hacia la vida consagrada, tan fundamental en la Iglesia y tan necesaria en los momentos actuales. Pero, por mi parte, sé también, que, además de aprecio y gratitud total, necesitáis ver que vuestro Obispo está más con vosotros y vosotras, hasta físicamente. Tenéis toda la razón. Por eso espero que este año podáis palpar esa señal de la comunión de vuestro pastor con todos los carismas y comunidades de vida consagrada, en la vida contemplativa y activa. La vida consagrada, vosotros y vosotras, estáis en el corazón mismo de la Iglesia como elemento decisivo en su identidad como comunión y para su misión, derivada de la misma comunión. Sois para el mundo - lo reconozca éste o no - el signo de una presencia viva y operante, la de la Iglesia, esposa de Cristo, en cuyo desposorio se refleja la unión con Cristo, el misterio de comunión que es la Iglesia: vivid esto, la comunión, con nitidez y sin ambigüedad alguna. Vivid en todo la comunión. No hay oposición entre carisma e institución. El camino de la renovación de la vida religiosa y de su fecundidad apostólica es el de la comunión. En este tiempo nuestro, en que todas las fuerzas vivas de la Iglesia se han de unir en una misma pasión por evangelizar, para que el mundo crea y camine en esperanza, debemos buscar siempre la mutua colaboración y el reconocimiento humilde y gozoso de que el Espíritu del Señor sopla donde quiere con tal de llevar la barca de la Iglesia a buen puerto. Hemos de estrechar la comunión en la Iglesia diocesana. Cuento plenamente con vosotros y vosotras, todos y en todos los aspectos. Contaréis plenamente conmigo, como servidor e instrumento de la comunión eclesial en la diócesis de Toledo.

### *Comunión universal, especialmente con los débiles y desfavorecidos*

22. Mi ser y vivir la comunión se extiende a todos, dentro de esta Iglesia particular de Toledo, que se me ha concedido presidir en fe y caridad, en nombre de Cristo, único Pastor de la Iglesia, pero también en mi solicitud por todas las iglesias en verdadera y anhelante cooperación misionera. Objeto predilecto de lo que por mi parte entraña ese ser comunión han de ser los débiles y desfavorecidos, los pobres -sin olvidar que no hay mayor pobreza que la indigencia de Dios y de su salvación, la falta de fe y de esperanza-; unión con los hombres de nuestro tiempo, de

cuyos gozos y esperanzas, sufrimientos y angustias, me siento solidario; nadie debiera sentirse excluido por mí. Estoy llamado a ser ministro de reconciliación, de integración y encuentro. En esta hora que vivimos en nuestra España siento cada día más la urgencia de ser de todos y para todos, vínculo e instrumento de unidad.

*Obispo, servidor de la comunión en la fiel transmisión y garantía de la fe y de las enseñanzas de la Iglesia*

23. Como obispo, servidor de la comunión, os confieso, sufro en silencio y me duelen las divisiones en la Iglesia, del signo que fueren. Trato de trabajar por la unidad y alentar a la unidad, aunque, a veces, no sea comprendida mi labor, por ejemplo, cuando, precisamente por mantener y fortalecer celosamente la comunión, defendiendo la verdad íntegra de la fe y moral cristiana tal y como la cree, transmite y enseña la Iglesia, a costa incluso de ser impopular. Pero es que soy muy consciente de que solamente salva al hombre la fe de la Iglesia, la verdad íntegra que la Iglesia cree, transmite y enseña porque la ha recibido de los Apóstoles, y de la que no puede disponer ni siquiera ella misma. Soy consciente de que únicamente manteniendo fielmente el depósito de la fe accedemos a Jesucristo y a su redención, más allá de nuestras reconstrucciones mentales, nos encontramos realmente con El, participamos en su vida y entramos en comunión con El y con el Padre, porque permanecemos fieles a lo que hemos recibido de aquellos que «vieron y palparon» al Verbo de la vida (Cf 1 Jn 1,1.). Sé, además, que sólo desde la comunión, Cristo es creído y por eso sólo desde ella hay salvación para el hombre.

*Para fortalecer la comunión con Dios*

24. Fortalecer y robustecer la comunión eclesial entraña, como acabo de decir un poco más arriba, fortalecer la comunión con Dios en la Iglesia diocesana, orientarlo todo a buscar y cumplir la voluntad de Dios con gran simplicidad y simplificación de cosas y quehaceres, escuchando su palabra, orando, participando en los sacramentos, viviendo la vida de caridad con los hermanos, cultivando los lazos que unen con toda la Iglesia de Cristo, siendo fieles a las enseñanzas y directrices del Papa, viviendo con solicitud las necesidades de la Iglesia en las diferentes partes del mundo, llevando a cabo las exigencias misioneras, incorporándose afectiva y efectivamente a la Iglesia misionera y promoviendo la participación de todo el Pueblo de Dios y el impulso a los diferentes carismas que suscita el Espíritu para la vida y crecimiento de su Iglesia,

como, por ejemplo, puedan ser hoy los diferentes movimientos y nuevas realidades eclesiales. Por esto os insisto tanto, tan machaconamente, en algunos de estos temas, hasta parecer como manías propias, como algunos tal vez puedan interpretar. En este sentido es importante que impulse el que, a través de una labor lenta y paciente, entre en la conciencia de los fieles que todos somos Iglesia y que entre todos hemos de procurar que esa Iglesia sea una comunidad de hombres y mujeres de fe, libres, en la que cada uno aporte sus dones personales e institucionales, encuentre respeto y acogida para sus propios carismas y funciones, y se esfuerce también por respetar y aceptar los dones y funciones de los demás.

*Promover la participación de los laicos, exigencia episcopal*

25. En este tema de la comunión eclesial no puedo ni debo olvidar, como Obispo, el interés y preocupación que he de tener siempre por promover la participación de los laicos en la vida y misión de la Iglesia y su inserción y presencia cristiana y evangelizadora en la vida pública y en las realidades más cotidianas de la vida humana: en la familia, en el trabajo, el mundo de la cultura, en la política. A los laicos, de manera especial, os encomiendo la apremiante obra de la nueva evangelización, como en los primeros siglos; estamos entrando en una época en la que no es aventurado afirmar que la nueva evangelización de nuestro mundo estará principalmente en manos de los laicos; hoy vemos con más claridad que nunca que el cambio de muchas realidades temporales en la dirección del Evangelio es imposible sin la mediación de los cristianos laicos. Pero esto significa que hay que promover vocaciones sacerdotales, porque sin sacerdotes no habrá un laicado adulto y maduro para llevar a cabo la obra de evangelización, por la que se «aprenda el arte de vivir» (J. Ratzinger), y con la fuerza del Espíritu Santo, se lleve a cabo la «obra de renovación de la humanidad, el hacer que surja una Humanidad nueva hecha de hombres y mujeres nuevos con la novedad de una vida conforme al bautismo y al Evangelio (Pablo VI).

*La solicitud y defensa de lo que atañe al hombre también pertenece a la comunión eclesial*

26. Para ser ese servidor de la comunión que, como tal y por ello mismo, impulse esta obra de renovación de la humanidad, que es la misión, necesito y debo ser un hombre de fe entregado a los hombres, apasionado por el hombre, servidor de los hombres, atento a sus necesidades y solícito y presto para quienes me reclamen desde cualquier necesidad; sensible a

todo lo humano, con capacidad de escucha y de sintonía con las preocupaciones de los otros, cercano a los hombres y dispuesto a ayudar a cualquiera sin esperar nada a cambio, y, además, sin darme importancia alguna en lo que haga por los demás; cercano al sufrimiento de los hombres, a los pobres, a los ancianos, a los marginados, a los enfermos, a los que son pisoteados por los propios hombres, a los amenazados en su vida en cualquiera de sus fases. Habré de mostrar mi cercanía, mi amor, mi compasión y misericordia con el hombre caído y maltrecho, orillado a la vera del camino y ante el que los hombres pasan de largo. Como hombre de la comunión no puedo pasar de largo ni andar con la mirada distraída, ante el hombre despojado; con mi presencia y cercanía habré de mostrarle que Dios no está lejano de él.

Atento a las carencias y necesidades de los hombres, como hombre de comunión que brota de la Trinidad Santa, misterio de amor, y al servicio de la edificación de la Iglesia constituía por la comunión, no podré estar ajeno a una carencia y pobreza fundamental de nuestro tiempo, muchas veces señalada por mí con dolor: la carencia o indigencia de Dios, el despojamiento de la propia humanidad que padece el hombre de nuestro tiempo, la quiebra moral que denuncia ese despojamiento; debo estar al lado de ese hombre de nuestro tiempo, despojado y malherido, para anunciarle la Buena Noticia del hombre, que es Jesús : «Aquí está el hombre», y para llamarle al consuelo de una esperanza : «No tengo oro ni plata, pero lo que tengo te doy; en nombre de Jesús Nazareno, ¡levántate y anda!». Al final, sólo queda el amor, el amor a los pobres y a los últimos, a los pecadores y perdidos. Un Obispo, ministro de comunión eclesial y al servicio de ella, no puede ser más que un cristiano de caridad sincera, de amor verdadero -ceñidor de la unidad consumada- que compromete a toda la persona; un amor que lleva al hombre a entregarse a sí mismo y sus cosas también al extraño, al marginado y aún al enemigo, un amor que respeta y libera y no humilla ni hace dependiente al agraciado por él. Es un amor que brota de Dios, misterio santo de comunión y fuente y origen, y meta de ella-, el que vemos y palpamos en el rostro humano de Dios, Jesús de Nazaret, Hijo único de Dios vivo venido en carne, en quien hemos palpado la comunión indestructible e irrevocable de Dios con la humanidad. Hoy, como nunca en el pasado, la humanidad está en una encrucijada. En esta encrucijada, vuestro Obispo, como ministro de comunión, no puede dejar de preocuparse por el hombre, por sus grandes cuestiones e interrogantes, por su ser y el sentido de su quehacer, por el valor y dignidad de la persona humana, por su libertad y su capacidad para crear futuro y abrir sendas de esperanza, por sus derechos inalienables y más fundamentales derivados, no del consenso de los poderes establecidos, sino de la mismísima verdad del ser hombre. El Obispo si está al servicio de

la Iglesia, signo e instrumento de la unidad del género humano, hoy no puede dejar de preguntarse por el hombre, como si permanentemente escuchase aquella voz que Adán oyera en el Paraíso: «Adán, hombre, ¿dónde estás?»; inseparable, por lo demás de aquella otra que escuchara Caín: «¿dónde está tu hermano?». Sólo escuchando esa voz, a Dios mismo hoy, sólo ante esa Presencia, presencia de Amor, el hombre puede responder, el obispo puede responder con su pensamiento, traducido en palabra y enseñanza o en acción y testimonio del hombre y su verdad, que es testimonio de Cristo, Verbo de Dios hecho carne, en quien hemos conocido el amor, y que ha venido a reunir a los hijos de Dios dispersos y traer la unidad entre todos por el amor.

### *Testigo y anuncio de la verdad, que es Cristo*

27. Por eso, el Obispo, vuestro Obispo, servidor de la comunión, ha de anunciar y proclamar, una vez más, como respuesta a este hombre necesitado de amor, misericordia y esperanza, que la salvación está sólo y enteramente en Jesucristo. Y, por lo mismo, para ponerme y estar por completo al servicio de la comunión que es la Iglesia, estoy llamado a ser un buscador, servidor, testigo incansable de la verdad: buscador de la verdad para llegar a la Verdad suprema y única, Jesucristo. La pasión por la verdad me hará ser gran amante de la libertad, en medio de la cultura de nuestro tiempo que ha apagado la verdad, que no cree en la verdad, ni en la capacidad del hombre para llegar a ella; así no puede darse un mundo de hombres libres, que devuelva al hombre su verdadero ser: el de ser imagen y semejanza de Dios, llamado a vivir en la comunión con Dios.

28. Por gracia de Dios, soy consciente de mi persona se define por mi ser obispo, configurado con Cristo pastor de su Iglesia, enviado por el Padre para reunir a los hijos dispersos y que andan extraviados como ovejas sin pastor, y para evangelizar a los pobres, traer el Evangelio de la salvación y «el año de gracia del Señor», que es de reconciliación y de comunión. Para ser ese pastor, que reúne, reconcilia, y une, debo ser, entre vosotros y para vosotros, testigo de la verdad divina y católica, maestro auténtico que enseña la verdad que nos es dada por la revelación de Jesucristo, en comunión con la Tradición y Magisterio de la Iglesia. Presentar la verdad, garantizarla y defenderla es imprescindible para servir con fundamento y base a la comunión. Defender a los fieles del error que causa estragos y conducirlos a la libertad de los hijos de Dios por el conocimiento de la verdad es uno de mis primeros servicios que no puede dejar como Obispos.

Vuestro Obispo será sereno servidor y testigo de la comunión hoy, si cumplo con serenidad y sabiduría, sin miedo y sin tregua mi ser maestro

del pueblo de Dios, anunciando la palabra de Dios, a tiempo y destiempo, con atención, espíritu de fe y amor; utilizando los medios de comunicación social, para que sean verdaderos multiplicadores de nuestra palabra humana y vehículo de la Palabra de Dios; cultivando mis relaciones personales con los teólogos, sobre todo para animarlos en su gran tarea en la Iglesia, también al servicio de la comunión eclesial. La palabra y el magisterio de los obispos no puede dejar de iluminar con la luz cristiana las realidades que los hombres viven y los grandes problemas que hoy se plantean al hombre y a la sociedad; no hay realidad importante ni problema serio de nuestra sociedad que, a mi entender, no debamos abordar los obispos desde la fidelidad a la Iglesia; donde esté el hombre padeciendo dolor, injusticia, pobreza o violencia allí también debería escucharse la voz firme y libre de los que han sido constituídos por su ministerio apostólico en testigos y servidores de la comunión en el Pueblo de Dios. Uno de los mejores servicios a la sociedad por parte de los obispos es recordarle constantemente la palabra y las promesas de Dios, ofrecerles sus caminos de salvación, tan necesarios hoy como en cualquier otro momento de la historia; el ocultamiento de la verdadera doctrina, el silencio sobre aquellos puntos de la revelación cristiana que hoy no son bien aceptados por la sensibilidad cultural dominante, no es camino para una verdadera renovación de la Iglesia ni para preparar mejores tiempos de evangelización y de fe, de esperanza, de humanidad nueva en la verdad y en el amor.

*Todo al servicio de la Iglesia asidua a la enseñanza de los Apóstoles, a la fracción del pan, a compartir la vida y a la oración (cf Hech 2, 42):  
Éste es el programa pastoral*

29. Todo, toda mi vida, todo cuanto haga entre vosotros, está al servicio de que se cumpla aquello que leemos en el libro de los Hechos sobre las primeras comunidades cristianas: «Se dedicaban asiduamente a escuchar la enseñanza de los Apóstoles, a compartir la vida, a la fracción del pan, y a la oración <...> todos los que habían abrazado la fe estaban unidos y tenían todo en común» (Hech 2, 42.44). Y todo cuanto he dicho sobre mi ministerio ante vosotros al servicio de la comunión habréis de entender que se refiere también a vosotros, a toda la Iglesia diocesana, a todas y a cada una de las comunidades; porque todo ello tiene su correspondencia en toda la comunidad diocesana. Es lo que trata de hacer nuestro programa pastoral para este año. Un programa al que le precede una espléndida introducción y en el que se contienen toda una serie de sugerencias y orientaciones para la actuación que tienen que ver por completo con lo que he dicho sobre mi ministerio, más aún, tiene que ver

con el objetivo pastoral de este curso: la comunión eclesial. Es un deber de todos el llevarlo a cabo, con el auxilio de lo Alto, el Espíritu de la verdad y del amor, artífice, agente primero y principal de la comunión y de la misión en la Iglesia, obra suya. Pero todos en la Diócesis de Toledo tenemos el deber para con el resto del pueblo de Dios en nuestra diócesis de llevar a cabo el Plan Pastoral Diocesano, que es un instrumento de comunión. Si queremos fortalecer la comunión eclesial -y debemos-, hemos de seguir y secundar el programa pastoral para este curso y enriquecerlo en todo lo que sea oportuno

## V. CONCLUSIÓN

### *La renovación de la Iglesia inseparable de la comunión eclesial*

30. No quiero acabar sin transcribir un texto de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la fe, del año 1987, que ha de guiar e iluminar el camino diocesano de este año. La Iglesia es, ante todo, la comunión de los bienes que como fruto del amor de Dios nos han sido dados por el Señor resucitado y que, por la presencia y fuerza del Espíritu Santo, unen entre sí y con Dios a todos los creyentes. El fruto del amor de Dios es la Iglesia como comunión. (...) Quienes buscan la renovación de la Iglesia, a veces, se ocupan principalmente de los problemas de organización y distribución de los poderes. Pero el centro de la Iglesia está en la comunión. La comunión no es la sola estructura exterior de la Iglesia, sino su esencia más íntima; no es un aspecto parcial, sino su dimensión constitutiva, aquello que la hace ser Iglesia. La Iglesia, comunión de fe, esperanza, y amor, se manifiesta visiblemente en este mundo como una comunidad unidad por los vínculos objetivos:

- de la común profesión de fe sellada por el Bautismo, 'puerta y fundamento de la comunión eclesial';
- de la enseñanza de los Apóstoles y de sus sucesores legítimos;
- de los signos sacramentales, particularmente de la celebración de la Eucaristía, que 'significa y hace, es decir, edifica la íntima comunión de todos los fieles en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia';
- del don del ministerio eclesial transmitido por la sucesión apostólica, 'cuyo centro nos ha sido dado por Cristo en el servicio de Pedro';
- de la variedad de carismas con que el Espíritu Santo enriquece al Pueblo de Dios para realizar múltiples actividades que lo renuevan constantemente».

La unidad en la fe, en los sacramentos y en la multiplicidad de servicios y carismas produce frutos de fraternidad, de comunicación de bienes extendida a todos; de solidaridad sincera, siempre tensa y difícil, que es la misma vocación de la Humanidad; de reconciliación entre los hombres y de dinamismo evangelizador. (...). Privada una comunidad de la comunión vital arraigada en el don trinitario, se convierte en creación humana, sujeta a los criterios meramente humanos y expuesta a ideologizaciones de toda índole, que seleccionen y aislen aspectos parciales en detrimento de otros fundamentales» (Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, «Nota Doctrinal sobre algunas cuestiones eclesiológicas», 13 de octubre de 1987, en Documentos de la Conferencia Episcopal Española (1983-2000) I, Madrid 1993, pp. 865-867).

### *La Eucaristía, sacramento de la comunión y fuente de la comunión*

31. No podemos olvidar, por lo demás, que de la Eucaristía brota y a partir de ella se realiza la comunión y la unidad en la Iglesia. La Eucaristía es la suprema manifestación sacramental de la comunión en la Iglesia, el sacramento por antonomasia de la comunión eclesial. Cumple el deseo de Jesús: «que todos sean uno en Él y con el Padre»; nos hace ser «un solo cuerpo en Él y por Él», «su cuerpo»; nos mantiene unidos a Él, como el sarmiento a la vida, para que demos fruto abundante de amor y fraternidad. «La aspiración a la meta de la unidad nos impulsa a dirigir la mirada a la Eucaristía, que es el supremo sacramento de la unidad del Pueblo de Dios, al ser su expresión adecuada y su fuente insuperable. En la celebración del Sacrificio Eucarístico la Iglesia eleva su plegaria a Dios, Padre de misericordia, para que conceda a sus hijos la plenitud del Espíritu Santo, de modo que lleguen a ser en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu» (Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucaristia*, 43). Habrá de ser, en consecuencia, este «año de la comunión» un año profundamente eucarístico. La Iglesia toledana, de tan grande raigambre eucarística, -no lo olvidemos-, es Primada de España: por eso ha de vivir de manera especialmente intensa y servir de manera singular a la comunión; y para ello ha de reavivar todos los días su sentido eucarístico y poner la Eucaristía en el centro de su vida y de las comunidades.

### *La comunión, don y obra del Espíritu Santo*

32. El Espíritu Santo es quien guía a la Iglesia por el camino de la verdad plena y la unifica en la comunión. El deseo humano esencial de ser uno, estar inmerso en la comunión, es posible por la acción del Espíritu

Santo. El Espíritu Santo es Señor y Dador de vida, que nos conduce al corazón mismo de Dios: misterio insondable de Amor, y Comunión de Personas. Es bueno traer a la memoria, interiorizar, asumir y poner en práctica -sobre todo este año en nuestra diócesis- las palabras del Papa Benedicto XVI en la Vigilia del Encuentro Mundial con los Jóvenes, el pasado julio, en Sidney, que nos ofreció a todos una reflexión tan honda como viva y vivificante sobre el Espíritu Santo; dijo: «Cuanto más nos dejemos guiar por el Espíritu, tanto mayor será nuestra configuración con Cristo y tanto más profunda será nuestra inmersión en la vida de Dios uno y trino. <...> El Espíritu Santo, con delicadeza, pero también con determinación, nos atrae hacia lo que es real y verdadero. El Espíritu es quien nos devuelve a la comunión con la Santísima Trinidad <...>. El Espíritu Santo es quien realiza la maravillosa comunión de los creyentes en Cristo Jesús. Fiel a su naturaleza de dador y de don a la vez, Él actúa a través de vosotros. <...> Haced que el amor unificador sea vuestra medida, el amor duradero vuestro desafío y el amor que se entrega vuestra misión. <...> Creed en la fuerza del Espíritu de amor» (Benedicto XVI, Discurso durante la Vigilia de la Jornada Mundial de la Juventud, Sidney, 19 de julio, 2008).

### *Súplica final*

Unidos a la Santísima Virgen María, la toda llena del Espíritu Santo, supliquemos, como en Pentecostés, que Dios derrame sobre nosotros, sobre nuestra Diócesis, sobre todas las comunidades, el Espíritu Santo, vínculo de unidad: «unidad en la comunión, unidad como amor duradero, unidad como dador y don», para que se cumpla la súplica de Jesús, que hacemos nuestra: «Que todos sean uno, para que el mundo crea».

En Toledo, a 8 de septiembre de 2008  
Fiesta de la Natividad de la Virgen María,  
de Nuestra Señora de Guadalupe, del Prado...

✠ ANTONIO, Cardenal CAÑIZARES LLOVERA  
Arzobispo de Toledo  
Primado de España



## ÍNDICE

I. Introducción.....	3
II. Caminos en esperanza: es la hora de la esperanza.....	3
. Vivimos una hora de la esperanza que no defrauda.....	3
. Son tiempos «recios», que llaman a la esperanza.....	4
. Algunas posturas ante estos tiempos.....	6
. Dios alienta a la esperanza. Jesucristo nuestra esperanza.....	6
. La Iglesia inseparable de la esperanza.....	8
. La esperanza, fuente de renovación personal y de la sociedad...	9
. Una visión del hombre sin Dios y sin Cristo, raíz de la desesperanza.....	10
. La Virgen María, la gran figura para la esperanza.....	10
. Apoyarse en Dios, como María, la gran fuente de esperanza.....	13
III. En el centro de todo, la misericordia de Dios, el Evangelio de la misericordia.....	14
. Testigos de la esperanza, testigos de la misericordia divina.....	14
IV. Unidad y comunión en la Iglesia.....	18
. Unidad y comunión, don y obra de la divina misericordia, razón para la esperanza: el objetivo de un nuevo curso.....	18
. La comunión eclesial: don de Dios que constituye la Iglesia.....	18
. La debilidad en la comunión eclesial.....	19
. Fomentar la espiritualidad de la comunión.....	19
. El servicio humilde del Obispo a la comunión.....	21
. El Obispo, para fortalecer la comunión, don de Dios que hace a la Iglesia.....	21
. El obispo, hombre, ante todo, de comunión: con el Papa y los Obispos.....	22

. Hombre de comunión con los sacerdotes y personas consagradas.....	22
. Comunión universal, especialmente con los débiles y desfavorecidos.....	23
. Obispo, servidor de la comunión en la fiel transmisión y garantía de la fe y de las enseñanzas de la Iglesia.....	24
. Para fortalecer la comunión con Dios.....	24
. Promover la participación de los laicos.....	25
. La solicitud y defensa de lo que atañe al hombre también pertenece a la comunión eclesial.....	25
. Testigo y anuncio de la verdad, que es Cristo.....	27
. Todo al servicio de la Iglesia, asidua a la enseñanza de los Apóstoles, a la fracción del Pan, a compartir la vida y a la oración (Cf Hech 2,42): Éste es el programa pastoral.....	28
 V. Conclusión	
. La renovación de la Iglesia inseparable de la comunión eclesial..	29
. La Eucaristía, sacramento de la comunión y fuente de la comunión	30
. La comunión, don y obra del Espíritu Santo.....	30
. Súplica final.....	31
 Índice.....	 33



